La imaginación en *Don Quijote*

por

María Lanusse

Leyendo la obra de Rosa Montero, *La loca de la casa*, que trata sobre la imaginación, una de las cosas que me vino a la mente fue la novela *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra. En el héroe de los extraordinarios eventos que se narran en esta obra, asistimos a un increíble despliegue de imaginación. Al leerla, uno se va sorprendiendo de las ocurrencias de don Quijote, de cómo acomoda la realidad a su imaginación. Esta reflexión me llevó a pensar que en realidad el mérito es del autor, es él quien maquina estas aventuras. Pero Don Quijote se ha convertido en un personaje tan real que muchos estudiosos se han inclinado a estudiarlo. Me atengo también a eso, y elijo en este artículo tratar el tema de la imaginación en el ingenioso hidalgo.

Cervantes ofreció en *Don Quijote de la Mancha* el retrato de un hombre que se vuelve loco a causa de su devoción por las novelas de caballería y por su excesiva imaginación, pero que, a su vez, tal locura podría verse como una elección del propio personaje para poder soportar la dura realidad. El final de la obra parecería mostrar que Quijote recobra su lucidez justo antes de morir. Pero como dice la propia Rosa Montero el orden puede ser diferente: no es que el Quijote en sus últimos momentos de vida es iluminado y recupera la razón, sino que "ha renunciado a la imaginación y por eso muere. Sus desvaríos le duelen demasiado (...) y ya no tiene fuerzas para seguir con ellos. Pero (...) tampoco tiene fuerzas para seguir sin ellos"¹.

Es esta reflexión la que me llevó a analizar el tema de la imaginación que tan importante es en la novela de Miguel de Cervantes.

La locura de Don Quijote es asunto principal del libro. La novela comienza cuando el hidalgo pierde el juicio e, influenciado por la lectura de las novelas de caballería, decide salir en busca de aventuras para recuperar la época de la caballería andante; y finaliza cuando el personaje recobra el juicio. Pero, paralelamente, junto con la locura camina el tema de la imaginación, de tomar la realidad no tal cual es sino como la ve. Así, los molinos se transforman en gigantes, una humilde criada es para el Quijote una noble señora, las ventas se convierten en maravillosos castillos, etcétera. La novela está llena de pasajes que desbordan en imaginación, todo está en el límite entre realidad y ficción, entre realismo y surrealismo.

El término "imaginación" procede del latín *imaginatio*, el cual es la traducción del término griego *phantasia*. Por lo tanto, es común la mezcla entre ambos términos. Al comienzo de la novela, el narrador dice:

Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendenencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía que para él no había otra historia más cierta en el mundo.²

En este pasaje, se reconoce que fantasía e imaginación se encuentran juntos y que ambos, en el caso de don Quijote, se alimentaron de las tantas novelas de caballería que había leído

a lo largo de su vida. Además, nos da la sensación de que ese lugar, del alma quizás, que tenemos reservado para la imaginación y la fantasía está poblado de imágenes que nosotros mismos creamos, o que, en el vocabulario de Cervantes, pintamos, como dice don Quijote refiriéndose a Dulcinea: "(...) yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, (...)”³.

Esta frase demuestra el carácter del héroe de la novela, a quien su propia imaginación le basta para saber cómo es algo, y quien a lo largo de la novela defiende esta postura frente a cualquier evidencia.

La imaginación, según dicen los psicólogos, es una de las facultades más poderosas del hombre. Tan poderosa es, que lo puede llevar a perder el juicio. En la primera acepción que le da el *Diccionario de la Real Academia Española* se la define como la «facultad del alma que representa las imágenes y apariencia de una cosa». La imagen es concebida como uno de los fundamentos del proceso cognitivo, que a su vez es la forma superior de reflejo de la realidad. El problema se da cuando esas imágenes que nosotros nos representamos no son un claro reflejo del mundo, o peor, cuando son completamente opuestas.

La pérdida de juicio del personaje principal está completamente emparentada con esta fantasía y con esta imaginación. Porque su locura le hace escuchar voces que los demás no escuchan, ver lugares que los demás no ven, sentir lo que los demás no sienten. Lo que le ocurre al Quijote es que no quiere ajustarse a la realidad y elige ir más allá de ésta, transformarla, ajustarla a sus gustos. Entonces, en lugar de ver, escuchar y sentir lo mismo que los demás a partir de las circunstancias, ve, escucha y siente algo diferente. Los molinos de viento se le aparecen como desafortunados gigantes, la bocinilla del barbero es para él un dorado yelmo, las ventas son enormes castillos. Y estos son solo algunos ejemplos de los tantos.

¿Se puede considerar esto locura? ¿Se lo puede juzgar por querer jugar a ser caballero? Creo que el error del hi-

algo consiste en no poder regresar. Cuando lo hace, cuando al final de la novela recupera la lucidez y vuelve a poner los pies sobre la misma tierra que los demás, no le queda más opción que morir. Pero, por lo demás, yo encuentro sano poder evadirse, poder imaginar, poder viajar a mundos diferentes. De hecho, eso es lo que, según Rosa Montero, realiza todo escritor y todo artista:

Resulta curioso que la escritura pueda funcionar a modo de dique de las derivas psíquicas, porque, por otra parte, te pone en contacto con esa realidad enorme y salvaje que está más allá de la cordura. El escritor al igual que cualquier otro artista, intenta echar una ojeada fuera de las fronteras de sus conocimientos, de su cultura, de las convicciones sociales; intenta explorar lo informe y lo limitado, y ese territorio desconocido se parece mucho a la locura⁴.

Este tipo de locura, la de la imaginación sin medida, es la que se le podría adjudicar a todo niño. En la infancia, no hay nada más maravilloso que tener la posibilidad de convertir a las muñecas en personajes reales, a las cajas de zapatos en enormes mansiones finamente decoradas, a nosotros mismos en cualquier personaje que queramos ser. Y de esto hay testimonios constantes. Porque a los niños nadie puede quitarles este regalo. En la infancia, la ausencia de toda norma conocida ofrece al niño la perspectiva de múltiples vidas vividas al mismo tiempo. Educar a los más chicos consiste justamente en mostrarles la realidad, empequeñecerles el mundo, enseñar-les cómo deben comportarse correctamente en el ambiente que todos compartimos, que es igual para todos. De modo que crecer implica perder esa imaginación que transforma, que todo lo convierte en algo de nuestra utilidad o entretenimiento, y que reduce al mundo a mí y a lo que yo quiero saber de él. Como dijo James M. Barry, el autor de *Peter Pan*: «No soy lo bastante joven como para saberlo todo.» Ser adulto se traduce en ser capaz de dejar de ver las cosas como a nosotros nos

gusta y comenzar a verlas como los demás para justamente no ser considerado un loco. "La realidad no es más que una traducción reductora de la enormidad del mundo y el loco es aquel que no se acomoda a ese lenguaje"⁵.

Volviendo a la obra que nos ocupa, nuestro querido personaje (que quizás sea querido por el lector gracias a esa ingenuidad que le otorga el parecerse a un niño) no se siente capaz de ser un adulto, no quiere renunciar al poder que le da su imaginación. Prefiere volver a ser un niño y jugar a ser otro. Así, inspirándose en los caballeros andantes de la Edad Media, juega a ser uno de ellos. En el capítulo V de la primera parte, por ejemplo, elige ser primero Valdovinos y, luego, sufrir las penas de Abencerraje. Quizás, la elección de sus héroes tenga fundamentos diferentes de los que puede tener un niño, ya que, como bien lo explica en su discurso sobre la Edad Dorada, él cree que la época de los caballeros andantes era una época mejor, porque:

(...) los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes (...). Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia (...). No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osaran turbar ni ofender los del favor y los del interés (...)⁶.

Pero, a diferencia de los niños, don Quijote sabe que el juego que está jugando es simplemente eso, un juego por el cual de a ratos logra olvidarse de la realidad. Pero no del todo. Porque para jugar a ser un caballero no necesitó más que disfrazarse y salir, sí, pero al mundo real. El hidalgo no cree que volvió a la Edad Media, mundo al que pertenecían los caballeros andantes, sino que cree que él es el encargado de recuperar los valores y las tradiciones de ese mundo para traerlos al de la actualidad. Así, nunca sale del todo de la realidad, uno de sus pies no se despegaba del piso. Esta mezcla de realidad e imaginación se ve claramente en su charla con el canónigo, luego de que lo soltaran de la jaula en la que lo traían engañado y

encerrado. Cervantes, al final de este diálogo, dice: "Admirado quedó el canónigo de oír la mezcla que don Quijote hacía de verdades y mentiras (...)".⁷ Y esto puede verse también en los momentos de lucidez que tiene de a ratos; como bien dice el hijo de don Diego: "No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco, lleno de lúcido intervalos".⁸ En la segunda parte es donde la realidad se hace aún más presente, como afirma Edward Rilej en su *Introducción al Quijote*. Para él, la fantasía e imaginación del hidalgo está más estrechamente relacionada con el entorno, con la realidad del momento, a partir del comienzo de la Segunda Parte.

En su primer tratado surrealista, el francés André Breton afirma que es gracias a la imaginación, y solamente gracias a ésta, que podemos llegar a saber lo que podemos llegar a ser. Es decir, que si dejamos de lado nuestra imaginación, dejamos de lado, al mismo tiempo, nuestras ambiciones y nuestros sueños. Limitarnos a ser lo que somos, y no soñar que un día podemos alcanzar nuestros deseos, nos llena de pobreza. Porque, si bien puede ser verdad que por ejemplo soñar con la riqueza siendo un hombre completamente pobre, sin educación ni posibilidades, puede sonar demasiado fantasioso o imaginarse ser un pájaro que sobrevuela el mundo conociendo mágicos lugares puede llegar a ser imposible; el simple hecho de hacerlo, de imaginarlo, de soñarlo, de vivirlo en nuestra mente, nos enriquece. Quizás éste sea uno de los tantos mensajes que nos intenta dejar Miguel de Cervantes: que no renunciemos a la imaginación, pero que tampoco nos ahogemos en ella. Que leamos libros para poder vivir diferentes experiencias que quizás de otra manera nunca llegaríamos a vivir, pero que al terminar el libro volvamos a nuestra vida, dejando de lado ese otro mundo pero habiéndonos beneficiado con él.

Esto nos lo enseña don Quijote, el personaje más surrealista del medioevo según Bretón. A modo de lección o advertencia, el Quijote sufre por no haber sido capaz de cerrar los libros de caballería y volver al mundo. El pobre ya no puede seguir viviendo en un mundo de fantasía, ya le es demasiado doloroso y difícil seguir convenciendo, más que a los demás a sí mismo, de que él no está loco, que lo que ve es real y que él es un verdadero caballero andante. Su imaginación es aplastada. Sufrió mucho a causa de ella; y no sólo golpes físicos sino de los otros golpes, los que más duelen.

En el momento en que los demás comienzan a ingresar en su juego, tanto los duques, como Sansón Carrasco y el mismo Sancho Panza que miente sobre Dulcinea, el hidalgo comienza a cuestionarse sobre el juego, porque ya las reglas no le gustan tanto. Esto se anticipa en la Primera Parte, cuando el barbero Nicolás y el cura dicen ver un yelmo y dudan sobre si lo que Sancho había tomado del barbero luego de que fuera derribado por don Quijote era albarda o jaez; entonces le piden al hidalgo que sea juez. Don Quijote, sorprendido de que confíen en su juicio no se atreve a responder:

(...) si ésta es albarda o jaez no me atrevo a dar sentencia definitiva: solo lo dejo a buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamientos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres y podrán juzgar de las cosas de este castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como a mí me parecían⁹.

En la Segunda Parte, esto de engañar a don Quijote y participar de su juego se hace más evidente. Primero en el propio Sancho, que toma conciencia de la locura de su amo y lo engaña:

Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, (...) siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas a este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo, (...) quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de estos que él dice que le quieren mal la habrán mudado la figura, por hacerle mal y daño¹⁰.

Y el hacerse famoso, tras la publicación de sus aventuras, convirtió un juego inocente en algo más complejo, del que participaban los que habían leído sus aventuras y tenían deseos de divertirse con él, como es el caso de los duques. En ellos se ve claro el tema del juego. Lo que puede verse como una burla hacia don Quijote y Sancho Panza, puede también ser visto como una participación en la realidad que estaba imitando el hidalgo, un intento de divertirse. Porque todos se divertían con el juego de don Quijote. Como le dice don Antonio al bachiller Sansón Carrasco:

¡Oh, señor, Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más loco que hay en él! (...) con su salud no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera de ellas puede volver alegre a la misma melancolía¹¹.

Además, es visto por varios estudiosos del Quijote que, en la segunda parte, el hidalgo está menos loco. Ya no se deja engañar tan fácilmente por las apariencias de las cosas. Y esto se debe, creo yo, a que don Quijote queda sorprendido al ver

cómo los demás se van incorporando a su juego. Pareciera un niño que se detiene no muy convencido de querer que sus amigos jueguen con él. Entonces sigue jugando, pero en silencio. Ya no inventa él, sino que se deja llevar. «El hidalgo se ve arrasado hacia un conjunto de situaciones artificialmente creadas»¹².

Y esto tiene una estrecha relación con lo dicho acerca del mayor acercamiento a la realidad que tiene el héroe en la Segunda Parte. Dejar de ser quien crea las aventuras y este mayor contacto con el mundo que lo rodea son cuestiones que marcan esta parte y van llevando al final en el que ya definitivamente renuncia a todas sus fantasías e imaginaciones. Esto se encuentra claramente representado por la introducción más definitiva de la duda. Don Quijote vacila en varios momentos. Su juego se encuentra ya tan intrínsecamente incrustado en la realidad los límites parecen desdibujarse, y don Quijote mismo ya no distingue entre lo que imagina y lo que es, entre el juego y el entorno. Declaraciones como “Carretero, cochero, o diablo, o lo que eres”¹³ son claro ejemplo de ello.

Sin embargo, hay un momento en que parece que los viejos desvaríos del Quijote van a regresar, ya que se deja confundir, como constantemente lo hacía en la Primera Parte, por sus fantasías. Se trata de la aventura del barco encantado en el río Ebro.

El barco vacío, un elemento frecuentemente empleado por el romance artúrico, desencadena una de las aventuras infantiles más encantadoras de toda la novela. (...) Cervantes no da explicaciones a esta excepcional recaída en el viejo comportamiento, pero nos permite sacar algunas conclusiones. Explica detalladamente cómo la contemplación de las aguas ha sumergido a don Quijote en un sueño bucólico-amoroso y

ha traído a su mente recuerdos de la cueva de Montesinos. Bajo el influjo de una exaltada imaginación, ahora responde a la señal caballeresca lanzada por el barco y provoca un tipo de aventura que a penas hemos visto desde los tempranos días de su locura. Deducimos, razonablemente, que está intentando ahora recuperar esa época de feliz despreocupación¹⁴.

Esta aventura, como solía sucederle, termina en otro desastre, cómico para los lectores. Pero para el Quijote este momento representa el agotamiento. Este último intento para volver a ser el caballero despreocupado no le surte efecto, ya que se deja inquietar por los resultados, cosa que no hacía antes, y exasperado declara: "Yo no puedo más"¹⁵.

Quizás el Quijote era más bien un niño solitario a quien le gustaba jugar solo e imponer él mismo las reglas, y se vio invadido en su entretenimiento por otros que le inventaban aventuras nuevas; es decir, él ya no tenía el control de ellas. Es claro el intento de Cervantes de mostrar en el castillo a un Quijote melancólico y triste. De hecho, en el capítulo XLIV de esta segunda parte, Cide Hamete, un segundo narrador introducido por el principal, nos describe a un caballero viejo y ajado. Sea esta la razón o cualquier otra, la realidad es que llega el momento en el cual don Quijote no quiere jugar más, decide dejar de lado la imaginación; no puede tolerar más la irrealidad. Pero, como ya lo habíamos anticipado al comienzo del ensayo, tampoco tolera la realidad. No encuentra el punto medio, el equilibrio. No puede quedarse allá, pero tampoco puede regresar. En cierta manera, porque el volver implicaría la aceptación de dos cosas: en primer lugar, debería admitir la deshonra de los personajes que lo embaucaron. Sancho Panza sería un mentiroso, Sansón Carrasco un impostor y el duque y la duquesa unos frívolos bromistas. En segundo lugar, debería definitivamente aceptar su locura, su exceso de imaginación y su

niñez fingida. Por eso, el médico reconoce que la causa de su muerte son la melancolía y los desabrimientos. Melancolía por los días en los que era feliz pretendiendo ser caballero andante, y desabrimientos por volver a la realidad. Y por eso elige morir. Y lo elige él mismo: esa es la verdadera tragedia. Así nos lo muestra Sancho Panza:

¡Ay! —respondió Sancho llorando. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver.¹⁶

Sancho le suplica a su amo y amigo que viva, que elija vivir, así sea viviendo en la locura y en el mundo de los caballeros andantes, en donde hay una Dulcinea del Toboso encantada, o quizás ya desencantada, esperando a su amado. Pero es demasiado tarde: Don Quijote ya renunció a esas fantasías.

Me pareció pertinente cerrar este trabajo con una cita de la autora que lo inspiró, Rosa Montero:

Y es que los humano no sólo somos más pequeños que nuestros sueños, sino también que nuestras alucinaciones. La imaginación desbridada es como un rayo en mitad de la noche: abrasa pero ilumina el mundo. Mientras dura ese chispazo deslumbrante intentamos atisbar la totalidad, eso que algunos llaman Dios y que para mí es una ballena orlada de crustáceos. (...) En la pequeña noche de la vida humana, la loca de la casa enciende las velas.¹⁷

NOTAS

- ¹ Rosa MONTERO, *La loca de la casa*, Alfaguara, Buenos Aires, 2006, p. 196.
- ² Miguel de CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, Alfaguara, edición del IV centenario, RAE, Madrid, 2004, Parte I, Capítulo XXV, p. 244.
- ³ Miguel de CERVANTES, *Op. Cit.*, parte I, Cap. 1, p. 30.
- ⁴ Rosa MONTERO, *Op. Cit.*, p. 192.
- ⁵ *Ibidem*, p. 193.
- ⁶ Miguel de CERVANTES, *Op. Cit.*, Parte I, Cap. XI, pp.98-99.
- ⁷ *Ibidem*, Cap. XLIX, p.506.
- ⁸ Miguel de CERVANTES, *Op. Cit.*, Parte II, Cap. XVIII, p.684.
- ⁹ *Ibidem*, Parte I, Cap. XLV, p.467.
- ¹⁰ *Ibidem*, Parte II, Cap. XI, p.627.
- ¹¹ *Ibidem*, Parte II, Cap. LXV, pp.1049-1050.
- ¹² Edward C. RILEY, *Introducción al Quijote*, Barcelona, Crítica, 2000, Cap. 10, p.133.
- ¹³ Miguel de CERVANTES, *Op. Cit.*, Parte II, Cap. XI, p. 626.
- ¹⁴ Edward C. RILEY, *Op. Cit.*, Cap.10, p.134.
- ¹⁵ Miguel de CERVANTES, *Op. Cit.*, Parte II, Cap. XXIX, p.776.
- ¹⁶ *Ibidem*, Cap. LXXIV, p. 1102.
- ¹⁷ Rosa MONTERO, *Op. Cit.*, p. 197.

BIBLIOGRAFÍA

- BRETÓN, André, *Diccionario de surrealismo*, traducción Miguel Torres, Madrid, Losada, 2007.
- CERVANTES, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, Alfaguara, edición del IV centenario, RAE, Madrid, 2004.
- MONTERO, Rosa, *La loca de la casa*, Alfaguara, Buenos Aires, 2006.
- RILEY, Edward C., *Introducción al Quijote*, Barcelona, Crítica, 2000.

María Lanusse es estudiante de la
 licenciatura en Letras de la USAL.
 Cursa el 2º. año.